

PASO TERCERO.



DISPOSICIONES.

Aguja al menos tu cuadrilla, Febio,
Hiende veloz el eternal zafiro,
Y allá perdido en los profundos mares
Huye à mi vista.
B. de los Herreros.

En un cuarto espacioso de la casa
Do el Doctor vive, amigo de D. Pedro,
Este y aquel, leyendo varias cartas
Están con rostro plácido y risueño,

Agradables noticias son, sin duda,
Las que mirando están en tal momento:
A juzgar por las muestras de alegría
Que en el uno y el otro se están viendo.

Mas ya las cartas de leer acaban:
Y los dos al guardarlas satisfechos,
Callados se quedaron por un rato,
Hasta que así al Doctor habló D. Pedro.

—Golpe ha sido feliz, Doctor, aqieste,
De los que no se daban ya hace tiempo:
¡Cincuenta y cuatro barras de oro y plata
Cojidas sin tener un solo muerto!...

Bien se han portado ahora los aliados
Que el interior recorren con anhelo:
Ya tiene que acuñar algo D. Braulio,
Aunque de trabajar no cesa ha tiempo.

—Mas debéis encargar que con sijilo
Las barras las conduzcan hasta México,
Por ocultos caminos y estraviados
Para que salga bien todo, D. Pedro.

—El Capitan que manda la partida
Es práctico, Doctor, en el terreno,
Y nada hay que advertirle, cuando siempre
Le habeis visto llegar sin contratiempo.

—¿Y á ver á esa señora de la casa,
Estais, por fin, Sr. Guzman, dispuesto?
—Sí; en este instante mismo voy á hablarla,
Porque quiero que el golpe sea presto.

Ella ignora quién soy; y con finjirme
Un ricacho, Doctor, de tierradentro,
La casa nos dará, que cual he dicho,
Sobre la tienda cae de ese joyero.

Mi plan ya lo vereis, Doctor amado,
Está como los míos, bien dispuesto;
Y todo ha de salirnos á medida,
No lo dudeis, Doctor, de nuestro anhelo.

A Pablo el capitan no hay que olvidaros
De decir lo que os dije hace un momento:
Es carnaval, y enmascarados pueden
Entrar, porque un aliado es el portero.

—¿La hora?—Las once de la noche sea.
—Está muy bien: perded todo recelo.
—Pues adios, buen Doctor: en vos descanso.
—Adios: ir sin temor podeis, D. Pedro.

Y salió D. Pedro al punto
De la casa del Doctor,
Y á la calle de Plateros,
Aprisa se dirigió.

No bien se miró ya en ella,
Cuando con paso veloz,
Subió la escalera incómoda
Del número... que él buscó.

—¿A quién buskais, caballero?
Preguntóle D. Simon,
Que era el portero de casa
Y el mas solemne hablador.

—A la señora... ¿Se encuentra
Visible ahora?...—Sí señor:
Aunque se mira algo enferma
Por los años y la tos.

—Pues decidle que deseo
Hablarla.—Voy; voy, señor:
¿Cómo es, decid, vuestra gracia?
—Pablo Vega de Jiron.—

Entró el portero, y á poco
Muy afanoso salió,
Diciendo á D. Pedro entrara
A la sala, como entró.

—A vuestros piés, señorita,
Dijo con voz cortesana
A una señora ya anciana,
D. Pedro, sin titubear.
¿Sois, decid, la propietaria
De la casa que vacía
Está aquí en la joyería?
—Sí señor: podeis hablar.

Pero hacedme el favor antes
De sentaros, caballero:—
Y D. Pedro, placentero,
Junto á ella se sentó.
Y como iba en traje rico
Y eran finos sus modales,
Sus proyectos infernales
La anciana no penetró.

—Pues, mi señora, el objeto
Que ahora á veros me conduce,
Solamente se reduce
A deciros, si alquilar
Me podeis el entresuelo
Que ahora se encuentra vacío,
Pues debe un hermano mio
Dentro ocho dias llegar.

Que el Estado de Chihuahua
Diputado lo ha elejido,
Y yo á buscar he venido
Casa, antes que llegue él,
Para amueblarla y limpiarla
Cual conviene á un hacendado
Como es él, y diputado
De una provincia tan fiel.

Por eso saber deseo
Cuánto el entresuelo gana.
—Sesenta pesos: la anciana
Al instante contestó.
—El precio es bastante cómodo:
Es mio sin más razones.
—Mas oid las condiciones
Conque he de alquilarlo yo.

La renta es adelantada.
—Bueno; no estoy indeciso.
—Pero ademas, es preciso
Que me deis un fiador.
—Fiador!.... dijo fingiendo
Admiracion y sorpresa...
¿Qué, es aquí costumbre esa?...
—Es costumbre, sí señor.

—Esa es para mí desgracia:
Porque yo soy forastero;
Y aunque me sobre dinero,
Nadie me conoce aquí....
Y quedando pensativo,
Fingiéndolo duro tormento,
Prosiguió tras un momento,
Como hallando un medio, así.

¿Mas qué fiador mas noble
Hay, que los mismos ducados?
Seis meses adelantados,
Si os parece, pagaré.
Y en tanto conocimientos
Haremos aquí, señora,
Y entonces, ya que no ahora,
Fiadores mil daré.—

La señora que veía
 Un caballero arrogante;
 Creyó que era lo bastante
 Seis meses adelantar.
 Y así, le dijo que estaba
 Conforme con lo propuesto;
 Y él en oro pagó presto
 Para mas alucinar.

—Pues bien: voy á que los mozos.
 A limpiar la casa vengan,
 Y que aseado todo tengan
 Para cuando él llegue á entrar.
 Y yo voy á comprar muebles
 En los dias que me quedan,
 De aquellos que mas le puedan
 Seguramente agradar.

Y salió de allí; y á poco
 Mandó á tres de sus aliados,
 Finjiendo que eran criados,
 El entresuelo á limpiar.
 Y sin que nadie llegara
 A sospechar cosa alguna,
 El momento de fortuna
 Se pusieron á esperar.

Pero dejemos viviendo
 A los aliados aquí,
 Que robar la joyería
 Era su plan y su fin;

Y pasemos á otro punto
 De la historia, porque á mí,
 Lector, me agrada infinito
 Andar de aquí para allí.



PASO CUARTO.



CONSECUENCIAS DE UN DESLIZ.

Y à que rendida à esas plantas
Os reconozca por puerto
En la deshecha borrasca.
José de Cañizares.

Está la noche horrorosa:
El viento silba con furia,
Y los animales todos
Donde guarecerse buscan.

Negras nubes, espesísimas,
Unas sobre otras se agrupan,
Y la region de los astros,
Causando pavor, enlutan.

No se vé en el ancho cielo
Ráfaga de luz ninguna;
Ni de trecho en trecho estrellas
Cortesananas de la luna.

Del violento relámpago
Es la luz que brilla única,
Aunque el trueno que le sigue
Tempestad próxima anuncia.

Troncha de los fuertes árboles
Que se sacuden y ondulan,
El viento robustos troncos
Que á distancia vuelan mucha.

La paloma y el milano
Juntos en las sombras húmedas,
Marchan, que el comun peligro
Los hermana y los aduna.

Y bajo de un mismo techo
Uno depuesta su furia
Y otro su temor, se albergan
Ya con confianza mútua.

El huracan rebramando
De polvo nubes cerúleas
Levanta, que van veloces,
Porque el aire las impulsa.

En noche tan espantosa
Cuya oscuridad, asusta,
Camina una jóven, sola,
Entre las sombras oscuras.

Pobre es el traje que lleva,
Y ávida su rostro oculta
Con el rebozo, que el polvo
Mucho al andar la importuna.

Un lio bajo del brazi
Lleva la infeliz, y lucha
Por hacerse superior
Al cansancio que la abruma.

Pero ya llega á S. Cosme
Tras de ansias y penas muchas,
Do para cobrar sus fuerzas
Asiento en un tronco busca.

Mas ¡ah! la fatiga inmensa
La anonada y la conturba,
Y al quererse levantar
Ve que sus ojos se enturbian.

Siente atormentado el pecho
Con una opresion aguda,
Y que le falta la tierra,
Y gotas de hielo suda.

Entonces quiso el camino
Emprender por vez segunda
Mas otra vez á caer
Volvió sin fuerza ninguna.

“¡Dios mio!... yo desfallezco!...
“Oh! ven, Señor, en mi ayuda!...
“El hambre... el hambre me mata...
“Permite que hoy no sucumba!...

“Deja que antes que mi cuerpo
“Descienda á la triste tumba,
“De mis padres el perdon
“Halle, del que vengo en busca.”

La tempestad entre tanto
Seguia con mayor furia,
Y á descender empezaba
En gruesas gotas la lluvia.

Y la infelice mirando
Que las fuerzas no la ayudan
Para poder proseguir
Hasta México la ruta,

Se arrastró con mil trabajos
Y sufriendo pena mucha,
Hácia una casa que á orillas
Del camino la columbra.

Un coche en este momento,
Tirado por buenas mulas,
Hizo alto en la misma casa
Donde ella un asilo busca.

Dos hombres, de aquel, bajaron
Con descontento y presura,
Y á la mujer, uno de ellos,
Quién es, ansioso pregunta.

—Una pobre desgraciada,
Casi de frio difunta,
Que há dos dias no ha probado
De alimento cosa alguna.

Una mujer infelice
Que un asilo triste busca,
Que ha caminado hoy seis leguas,
Y á la que el cansancio abrumba.

—Entrad, señora en mi casa:
Recibir no se rehusa
Al desgraciado que sufre
En la tierra de amargura.

¿Doña Ana, dijo despues,
Llamando con voz robusta.
—¿Qué me mandais, D. Ramiro?
Contestó ella con dulzura.

—Aquí teneis esta pobre,
A quien la hambre abre la tumba:
Dadle de comer al punto
Ya que hacer bien tanto os gusta:

Haced duerma en vuestro cuarto
Aquesta noche importuna;
Y dadla algunos vestidos,
Porque su ropa está húmeda.

—Se cumplirá esactamente
Con lo que habeis ordenado:
Estar podeis sin cuidado,
Que nada le ha de faltar.
Pero, ¿habeis noticia alguna
Tenido de Cármen mia?
—Ana, hemos perdido el dia
Sin nada ¡oh Dios! alcanzar.

Mas dejémos este asunto,
Y tratad nada la falte
A esa mujer, y resalte
Con ella ahora vuestro amor.
Y sin decir mas, seguido
Del hombre que con él iba,
Sin que respuesta reciba
Entró al punto al comedor.

Don Pedro de Guzman era
El hombre con quien marchaba,
Quien cual antes visitaba
La casa con falsedad.
Y á quien D. Ramiro cuenta
Cuantos pasos dar pretende,
Sin conocer que le vende
Fingiendo el otro amistad.

Ni Landía, ni D. Pedro,
 Como era la noche oscura
 De la mujer la hermosura
 La llegaron á notar.
 Ni ella tampoco ver pudo
 A ellos en su pena impía,
 Ni que uno era el que algun día
 Su ruina llegó á labrar.

Mas entremos con Ramiro
 Y D. Pedro, sin tardanza,
 A do ambos con confianza
 Se sentaron á cenar.
 Entrémos, y sus palabras
 Oigamos por un instante,
 Que el dolor en el semblant
 De uno se llega á mirar.

— Ya no hay remedio, D. Pedro:
 Movido he cuanto resorte
 Hay de importancia en la corte,
 Donde está, para saber:
 Y nada... nada he logrado
 Alcanzar por mi martirio
 Y las noches en delirio
 Paso sin hallar placer...

¡Ah! conozco que la pérdida
 De mi tierna hija querida,
 Sí, me va á costar la vida,
 Despues del juicio perder...
 El juicio, sí, que hay momentos
 En que yo me vuelvo loco,
 Y en que si mi frente toco
 La siento cual fuego arder.

Solo en Carlos esperanza
 Tengo ya de que la encuentre,
 Que el amor le hará que entre
 En busca de ella do quier...
 Por ese escribíle á Francia,
 Diciéndole que viniera,
 Si aun de mi hija hechicera,
 Esposo anhelaba ser.

Y sin ocultarle nada,
 Le dí parte de este raptó,
 Conociendo que él era apto
 Para al impío encontrar....
 Y ya pronto, sí, muy pronto,
 Según su tierna respuesta,
 Debe de llegar á esta,
 Que al punto se iba á embarcar.—

Palideció á estas palabras
 D. Pedro, pero al instante,
 Recobrando su semblante,
 Llególe así á contestar:
 —“Cuerdamente habeis obrado;
 Y yo, como vuestro amigo,
 A acompañarle me obligo
 Cuando llegue, á ella á buscar.

Por eso espero que parte
 Me deis cuando haya llegado
 A Veracruz, que en cuidado
 Estoy ya por saber de él.
 Que si antes fuimos rivales,
 Hoy que vuestro dolor veo,
 Solo ayudaros deseo,
 Cual vuestro amigo mas fiel.

—Gracias, D. Pedro; sí, gracias
 Por esa amistad sincera;
 Que calma mi pena fiera
 Y mi terrible afliccion.
 ¡Ah! sois para mí, sin duda,
 El hombre mejor del suelo,
 Pues solo prestar consuelo
 Sabe vuestro corazon.” —

Doña Ana, en tanto que estaban
 En el comedor cenando,
 Y fraternalmente hablando
 D. Pedro y su patron fiel,
 Condujo á su limpio cuarto
 A la mujer al momento,
 Y la dió grato alimento
 Que calmara el hambre cruel.

Y allí el aya libremente
 Ver pudo á aquella infelice,
 Que al hombre humano bendice
 Que la recibió en su hogar.
 Y quedó admirada, viendo
 Nobles modales en ella,
 Y una faz bastante bella,
 Y no de jente vulgar.

Su edad de treinta y dos años,
 O de poco mas seria;
 Pero en su rostro tenia
 Un encanto celestial.
 Su voz era dulce, suave;
 Y cuando abria sus lábios,
 Dientes mostraba que agravios
 Dieran al marfil glacial.

Así es que al notarla fuerte,
 Y mas viva y animada;
 De curiosidad picada
 Doña Ana algo por saber,
 Con acento cariñoso
 Y con agrado y ternura,
 Mostrando en su faz tristura,
 Hablóla así con placer:

—Penas horribles, sin duda,
 Deben herir vuestro pecho,
 Cuando andar sola os ha hecho
 La fortuna en su traicion.
 Cuando mostrais en el rostro
 Y en vuestros finos modales,
 Indestructibles señales
 De una fina educacion.

—¡Ah! señora: si supierais
 Cuán tirana é importuna
 Se ha mostrado esa fortuna,
 De quien hablais, contra mí....
 Si supierais.... Y un suspiro
 Echólo y quedó callada,
 Por mil lágrimas bañada
 Que el dolor la arrancó allí.

Esto, aumentar en Doña Ana
 Hizo el empeño vehemente
 Que sentia en su alma ardiente
 De quien era el escuchar.
 Y al decirlo que anhelaba
 Que le contara su vida,
 La otra, toda agradecida,
 Empezóla así á contar.

